

UNA FE DE «GHETTO»

En esa agotadora lucha entre conservadores y avanzados que hay en la Iglesia, cada día vemos nuevas experiencias y actitudes que hacen cambiar la faz de esta oposición tenaz por una y otra parte.

Ahora le ha tocado a París —concretamente Versalles—, donde se han reunido 5.000 personas católicas a la vieja usanza venidas de todos los rincones de Francia y de todas las capas sociales, incluyendo, además, representaciones de diversos países.

Estos «silenciosos de la Iglesia» han celebrado en la *Ville Lumière* una verdadera Asamblea; pero que, a diferencia de otras de corte ultra-conservador, se ha caracterizado ésta por la moderación y la ausencia de toda violencia verbal o física, a las que últimamente nos tenía acostumbrados el ala extrema de los conservadores católicos.

Por eso la prensa francesa —siempre tan moderada a pesar de las apariencias— ha dado muestras de aprobación a este nuevo tono de los conservadores, en el cual se encuentra no sólo esa moderación física y verbal, sino también algo menos de histerismo ideológico, tan frecuente en ellos hasta ahora.

M. Pierre Debray ha resumido la actitud de estos «silenciosos» diciendo: primero, que muchos católicos quieren la «autodestrucción de la Iglesia», aunque de buena fe, y segundo, que los conservadores deben oponerse a este tipo de «falsa reforma», adoptando «en profundidad una verdadera reforma católica» que no destruya los valores adquiridos de carácter popular —de ambiguo carácter popular diría yo— a través de la historia. Se oponen —como decía el canónigo Catta, de la ciudad de Angers— a que exista por más tiempo el «desprecio del alma popular».

Confiesan también que están sufriendo hoy en día en la Iglesia «un sentimiento de inseguridad, un sentimiento de frustración y un sentimiento de alienación» producido —según ellos— por la reforma emprendida por los avanzados, y sobre todo por «los teólogos y exégetas erigidos en magisterio paralelo al magisterio jerárquico, formando una casta de doctores de la ley y de escribas puestos al servicio del episcopado para el cambio de la liturgia, de la enseñanza religiosa y de la pastoral». Esto es lo que piensa el *Comité Francés para la Unidad de la Iglesia* en la monografía que envió a la Asamblea Episcopal Francesa recientemente celebrada en Lourdes.

El famoso sociólogo conservador Louis Salleron —que se ha erigido en teólogo seglar del conservadurismo francés— critica profundamente el nuevo catecismo que los obispos franceses han aprobado para la enseñanza religiosa de los niños, diciendo que su más grave defecto es que «silencia varias verdades de fe», y con respecto a la última reforma litúrgica de la Misa opina que se ha falsificado el punto de vista católico, incluso los textos bíblicos, cosa que —según él—, «en el siglo VI, la herejía arriana nunca se atrevió a expresiones desviadas tan claras, tan oficiales y tan generales».

Otros añoran las cosas que vivieron en su infancia, como el político, un día demócrata-cristiano y hoy conservador a ultranza, Bidault, que siente que se haya perdido «el canto sublime del prefacio, que en lengua francesa no hace el mismo efecto que en latín». La apelación más fuerte la hizo la escritora alemana Eva Firtel, secretaria del grupo «Für Papst und Kirche», que, remedando el viejo grito de «proletarios de todos los países, uníos», ahora lo cambia por el de «silenciosos de todos los países, uníos».

Todo ello revela una cosa triste, y es la fuerza que en muchas personas tiene todavía la añoranza emotiva de las etapas infantiles de su evolución humana, proyectándola sobre esa cosa tan viva, tan dinámica y tan renovadora que debe ser la fe auténtica del cristiano. Con lo cual se hace un flaco servicio a la fe cristiana, porque se la identifica con regresiones infantiles, supersticiones de minoría de edad y con ritos propios de culturas subdesarrolladas. Desgraciadamente quieren una fe de «ghetto».

El cristianismo, en cambio, produce —o debe producir— una fe universal, abierta, dinámica. En una palabra, el «impulso vital» en el que se manifiesta lo divino, según Bergson. Y esta fe así entendida tiene dos aspectos: Uno, el abierto y dinámico, que fue calificado como una experiencia positiva y constructiva por los mejores pensadores dedicados al estudio de la esencia de lo

religioso, como W. James, Bergson o Dewey, y otro, la interpretación que de esta religión y moral abiertas damos los creyentes.

Lo primero —que es el mensaje básico y primario del Evangelio— se manifiesta en los valores que el primitivo cristianismo trajo en germen y que todos los que han estudiado desapasionadamente su fuerza la aprecian como algo positivo. Desde Marx, que hacía referencia al «fondo humano» de cristianismo (Roger Garaudy, *Del Anátoma al Diálogo*). O Engels, que veía en el cristianismo de los primeros tiempos «una fase completamente nueva de la evolución religiosa llamada a convertirse en uno de los elementos más revolucionarios de la historia del espíritu humano» (Engels, *Contribución a la historia del cristianismo primitivo*). O también Ortega y Gasset, que veía en él el descubrimiento del hombre como persona, como libertad, como vida con responsabilidad y misión (ver trabajos de Manuel Olasagasti sobre Ortega).

Esta fe básica que descubrió el Evangelio la pueden tener —y de hecho la tienen— todos los hombres, sin exclusión de ideologías, razas, sexo o clases sociales, con tal de que sean hombres responsables y de buena fe que se preocupan por los problemas humanos. Por eso —refiriéndose a esta fe básica— dice el teólogo evangélico J. Lehmann: «Tan posible es una fe cristiana fuera de la Iglesia como la falta de una fe verdaderamente cristiana en el seno mismo de la comunidad eclesial» (J. Lehmann, *¿Está enferma la fe?* Ed. Sígueme).

El otro aspecto de lo que llaman fe los que son oficialmente cristianos es el que normalmente se da en éstos, porque añaden a todo aquello una interpretación en profundidad de ese «impulso vital», interpretación que la conexiona con la revelación de Dios y con la vuelta final a Dios. Pero existe una gran divergencia en la manera como los cristianos —católicos y no católicos— hacen esta interpretación. Unos —los de corte conservador— están siempre presentando rígida y paralizadamente esta fe, con esquemas de otros tiempos o con ideas sin flexibilidad alguna, de tal modo que en vez de ver en la fe una realidad vital que nos hace superarnos, ven en ella una especie de camisa de fuerza para evitar nuestros libres movimientos, que ellos suponen que son libertinaje y desorden. Otros, más avanzados, buscan ideas cambiantes que siempre se van quedando anticuadas de una época a otra y que dan la sensación de una fuerte inestabilidad: son, por ejemplo, los de la doctrina social católica progresiva, que van dando pasos adelante siempre mirando donde pisan, o, en último extremo, los que se apasionan demasiado por un catecismo que ya ha quedado desfasado, como es el Catecismo Holandés.

Pero, además, existen otros —entre los cuales quisiera contarme yo— que dan un paso más adelante, y que en vez de creer que las doctrinas religiosas del cristianismo traen alguna ventaja u orientación temporal distinta de la que pueden aportar los hombres que no son creyentes, pensamos que «el que quiere hacerse cristiano debe saber que no puede esperar de la religión ninguna ventaja de orden temporal y que no tendrá más éxitos en sus empresas ni estará resguardado contra accidentes o contra el sufrimiento» (A. Valensin, S. J., *Initiation Catholique*. Editorial L'Hirondelle. París, 1950).

No sonreiremos más que los no creyentes, ni tendremos mejores soluciones que ellos para el mundo. La interpretación que presta el cristianismo a la vida es en profundidad, dando a todo un último sentido. Pero la vida es igual para todos los hombres de buena fe, ya que no existen más herejes que los «herejes contra la buena voluntad» (Padre Sertillanges, O. P., *Catecismo de los incrédulos*).

Por eso nuestro cometido fundamental es —apartándonos de querellas domésticas inútiles— vivir entre los hombres y con los hombres de nuestro tiempo, con su cultura profana, su ciencia independiente y su arte autónomo; sacando de esta cultura, de esta ciencia y de este arte las pautas de solución de nuestros problemas actuales, y no creyendo que tenemos mágicamente una solución en nuestra creencia, como si ésta fuese una ideología más. No debemos olvidar jamás lo que dice uno de los más profundos pensadores cristianos de la actualidad: «La tarea de la comunidad creyente consiste en ser testigos y actores a la vez de un sentido fundamental» (Paul Ricoeur, *Dieu aujourd'hui*. Brujas, 1965). Pero no tenemos privilegio ideológico ni práctico alguno sobre los demás, porque no tenemos una fe de «ghetto».

MIRET MAGDALENA